

“¿HAS LEÍDO ALGO DEL NOVELISTA KOBO ABE?”

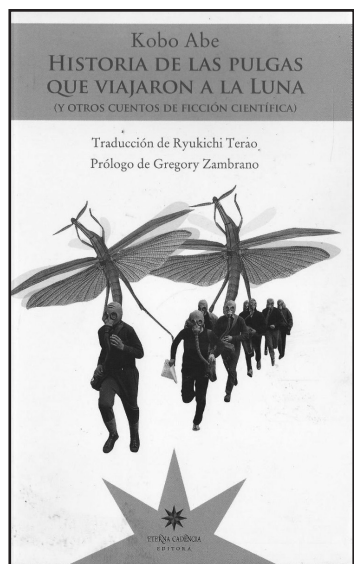
LOS HOMBRES DE LA CÁMARA OSCURA

IGNACIO BAJTER/
MATÍAS CLARENS

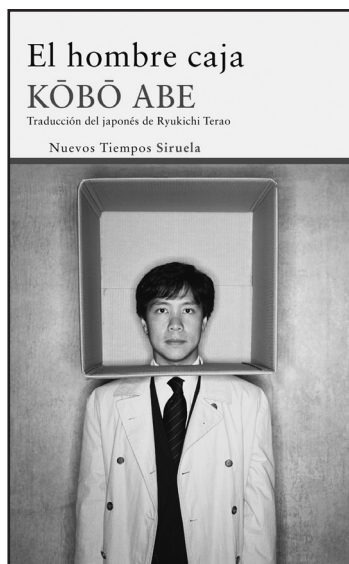
LAS NOTICIAS DE la literatura japonesa se dan a manera de vibraciones intermitentes. Cuando el nombre de Haruki Murakami tiende a ser único, por lo menos durante las apuestas del Nobel, dos traductores trabajan para traer al español al poco frecuente Kobo Abe (1924-1993), un clásico del siglo XX, en su momento candidato al premio de la Academia Sueca. Narrador, dramaturgo y en principio poeta, célebre al otro lado del mundo con una obra extendida en 29 volúmenes, Abe fue traducido parcialmente y con discontinuidad. Con la reedición de **El rostro ajeno**, en 2007, comenzó una nueva historia en territorios por los que parece haber tenido interés: primero codificó su atención en el descubrimiento de América, y luego, cercano en el tiempo, en las lecturas de Supervielle, García Márquez y probablemente Borges.

La edición de los cuentos de **Historia de las pulgas que viajaron a la Luna**, publicada en Buenos Aires, abre con dos párrafos en los que Abe compara la ficción científica, a la que adscribe, con la llegada de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo. “*La poética de la ficción científica, producida por el enfrentamiento entre la tensión intelectual y la tentación aventurera, no sólo nos conduce a lo moderno sino también al espíritu original de la literatura*”, dice en 1960. Como Arthur C Clarke, que dio a conocer el competente ensayo “De la mente y la materia” en el 58, Abe prefiere hacerse a un lado de la ciencia ficción a cambio de la entrada en la ficción científica que, en términos de Clarke, parte del “*conocimiento verdadero*” y destruye la superstición sin reducir “*el sentido de lo maravilloso*”. Cuando cruza los campos de la biofísica, la neurología y la electrónica, donde se daban los mayores descubrimientos en los años cincuenta, cuando ingresa en la materia orgánica, Kobo Abe sabe de qué habla. Estudió en la Universidad Imperial de Tokio y recibió el título de médico bajo el pedido, por parte de sus maestros, de no ejercer la profesión.

En sus relatos domina un arte en el que no tiene lugar la especulación por el límite entre lo real y lo fantástico. En todo caso, la literatura establece una tensión constante entre lo verdadero y lo falso: “*la verdad es algo parcial, llena de saltos y faltas, igual que un rompecabezas con piezas perdidas*”, escribe el narrador de **El hombre caja**. También en los cuentos, el efecto de realidad creado bajo distintos experimentos y métodos, con “*espíritu científico*”, es alto y misterioso. En “*Historia de las pulgas que viajaron a la Luna*”, de 1959, que parece mezclar a Wells con Orwell, narra los pormenores de un Congreso de Insectos Dañinos –tenso en los polos ideológicos de



Historia de las pulgas que viajaron a la Luna (y otros cuentos de ficción científica) y **El hombre caja**, de Kobo Abe. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, 208 páginas/ Madrid, Siruela, 2012, 160 páginas. Traducción de Ryukichi Terao con la colaboración de Gregory Zambrano.



la Guerra Fría— en el que las pulgas japonesas planean filtrarse en una nave que saldrá del planeta. Aunque es posible que bacterias e insectos hagan un viaje al más allá, el relato interpone la negación: la pulga relatora dice al hombre, protagonista de la historia, que el viaje a la Luna fue un fracaso, aunque quizá la voz de la pulga sea una fantasía humana inducida por la soledad y la ginebra. También en “*Total Scope/Cine perfecto*”, mentalmente estimulante, entre el policial y la ciencia ficción, Abe da un desenlace escéptico: duda y desarma lo que ha construido una vez que lleva al lector al otro lado, en este caso a la idea de un “*cine interior*”, de una pantalla que no está colocada fuera sino dentro de un sujeto. La actitud crítica ante la trama que crea la narración tiene, por supuesto, beneficios, pues “*todo gran descubrimiento suele originarse en un acontecimiento dudoso*”.

En el prólogo de Gregory Zambrano a los cuentos, el escritor, nacido en Venezuela y practicante de un estilo que se asemeja a una traducción del japonés, define los temas de las narraciones (el absurdo, la identidad, la incomunicación, la soledad, la alienación), en su tiempo audaces, y dice que el énfasis de Abe, antes que sumarse al “*patrón sutil y exótico*” de Kawabata, Tanizaki y Mishima, “*está puesto más bien en la búsqueda de un nuevo lenguaje que se adaptara a la sensibilidad del sujeto de posguerra*”. En medio de la revolución tecnológica, del desarrollo de los modelos productivos de alta calidad y del mundo bajo amenaza de extinción, Abe se recluye en un escepticismo radical y conserva el sentido del humor, asombroso, que lo aleja de los espíritus melancólicos de la literatura japonesa. Su energía narrativa se mueve en un fondo desgraciado pero no dramático. El protagonista de “*La invención de R-62*”, por ejemplo, encuentra a un estudiante de psicología que trabaja

para una agencia que se ocupa de los cuerpos de los suicidas (!). Se entrega, es sometido a una operación de cerebro y se transforma en un robot. Un marciano desespera porque se acaba el tiempo de su infructuosa misión en la tierra y un hombre hace el negocio de dar consejos para fingir accidentes y luego cobrar, con indolencia, una parte del seguro. Abe no busca explotar el misterio y la complejidad de Japón y su cultura de tradición milenaria y autosuficiente sino “*lapsicología del hombre contemporáneo*” que padece los efectos de la ciencia y un terror íntimo: que la conciencia pueda ser mecanizada, controlada desde el exterior.

TRATADO DE LO OCULTO. La búsqueda alternativa, exigente en su forma, es **El hombre caja**, posterior a la consistente y circular selección de cuentos de **Historia de las pulgas...** (1953-1968). Con el brillo de la luz nocturna, el principio de la novela crea un clima de policial japonés. La ficción científica o literatura hipotética se da en la paciencia técnica de la descripción y en la cautela de relacionar las partículas de la historia. A página seguida de una redada policial en la que una patrulla de Tokio, rápida y confusa, carga a 80 vagabundos, se está frente al caso: la crónica del hombre que da instrucciones (que el lector puede seguir) para convertirse en hombre caja, un ser liviano y esencial. A lo largo de 150 páginas de imaginación alcalina, el hombre caja habla de sí y da indicios de otros, similares, que “*llevan una vida sigilosa en varias partes de Japón*”.

La novela es una investigación sobre un modelo de sobrevivencia que no tiene territorio: en todas partes y en todas las épocas se encuentran los desclasados, los invisibles, los sujetos fuera de la legalidad y del juicio, gente con “*parálisis del sentido temporal*”. En Japón, carniceros, curtidores y actores del

teatro tradicional y popular (*kabuki*) eran llamados “los de la orilla”. Si hubiera que sujetar la literatura al lugar donde fue escrita, la sociedad japonesa está representada aquí con el arquetipo de los seres ocultos, tímidos y ajenos unos a otros, extremadamente rutinarios, que un día deciden aislarse del resto de la especie, algo que no es difícil (basta cerrar puertas, recortar cartón). Cualquiera que desee la libertad y el anonimato en una ciudad libre corre el peligro de entrar en este libro, de ser un hombre caja. Así como en los cuentos de **Historia de las pulgas que viajaron a la Luna**, cruzados por el “*síndrome espacial*” y otros elementos de época, Abe remite a un futuro que es ya nuestro pasado aunque quizá también lo que viene, en **El hombre caja** se adelanta a fenómenos contemporáneos como los *hikikomori*, adolescentes que se aíslan y se recluyen en sus habitaciones por temor al fracaso en una sociedad que les prepara, bajo reglas culturales severas, un destino indeclinable.

Las utopías futuristas de Kobo Abe parecen cumplirse en el mismo tiempo en que sus escritos son leídos, y funcionan, felizmente, como una salida a otro mundo. El escritor tiene la mente fría y la pasión irracional de un adelantado, sólo que a diferencia del primer hombre moderno, el explorador ha perdido la fe en el ser humano. Abe se activa en otro tiempo y lo que escribe y piensa es ahora, sin descontar lo maravilloso, un inevitable antecedente histórico. En una conferencia de 1983 en la que haría un homenaje a García Márquez ante un público universi-

tario, hizo una crítica de lo digital y lo analógico y comparó ambas nociones con la experiencia de la lectura. ¡1983! Publicada diez años antes, **El hombre caja** tiene una compleja fusión entre la crónica, el cronista y los hechos narrados, y lleva a la novela a un punto alto de virtualidad. El hombre caja es quien persigue todo a escondidas, detrás de una mirilla, una pantalla, y cuando aparece una mujer en su historia el tiempo se detiene, rompe la relación causa-efecto y se inicia una verdadera confusión argumental en la que estalla el caos, se duplica la identidad y se piensa en cómo ganar 50 mil yenes.

Abe evita las imágenes concretas, “*en vivo*”, que puedan transferirse fácilmente, en la mente del lector, de un código a otro. En un deslizamiento que se suma a los experimentos de **El hombre caja**, intercala en el relato dos series de cuatro fotografías con textos al pie. En una dice que “*el acto de mirar contiene amor; mientras que el de ser mirado refleja odio*”. Se puede suponer que esa es la visión del hombre caja, fotógrafo, narrador de la historia, o bien la del propio Kobo Abe, aficionado a la fotografía, a quien se ve en la solapa del libro observando el lente de una cámara. No es la única vez que el escritor se divide entre realidad y ficción. En “*El valor de las orejas*”, en referencia al cuento anterior, “*El método*”, un personaje pregunta a otro: “*¿Has leído algo del novelista Kobo Abe?*”. “*Sólo he oído el nombre.*” “*Un tipo que escribe puros cuentos raros.*” Sus modos de aparecer en esta región, dentro y fuera de los libros, suponen afinidades extraordinarias. En un artículo de 1988, Mario Benedetti recuerda su nombre en una lista en la que figuran, entre otros, Sábato, Cortázar, Ángel Rama y Hugo Alfaro. A Kobo Abe también le habían aplicado en Estados Unidos el acta McCarran-Walter, que mantenía a raya a los “*potenciales subversivos*”. ■



EPILOGUE

una película de Amir Manor

Desde el 23 al 29 de enero a las 17.40 y 19.30 hs.

Cinemateca 18 - 18 de Julio 1280-

Los lunes no hay función.



El amor dura tres años

una película de Frédéric Beigbeder.

Hasta el 29 de enero, a las 21.15 hs.

Cinemateca 18

HACETE SOCIO DE CINEMATECA URUGUAYA

POR INFORMACIÓN PODES LLAMAR AL 24195795

www.cinemateca.org.uy